

Moscow, Idaho

© Esteban Mayorga • QUI-065590

Esta obra es publicada gracias a un esfuerzo conjunto entre la Casa de las Culturas Benjamín Carrión y la Prefectura de Pichincha, para el fomento a la creación y producción cultural, de acuerdo a los artículos 105 y 106 de la Ley Orgánica de Cultura.

Fernando Cerón
PRESIDENTE
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

David Larriva
DIRECTOR
PUBLICACIONES Y EDITORIAL

Paola Pabón
PREFECTA DE PICHINCHA

Christian Pino
DIRECTOR DE CULTURA Y PATRIMONIO
PREFECTURA DE PICHINCHA

EDICIÓN
Diego Chamorro

DISEÑO DE COLECCIÓN
Tania Dávila
David Kattán

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Tania Dávila

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
hallway city in red, Manuela Larrea,
2024.

Primera edición
Sudaquia, Nueva York, 2015

Segunda edición
ISBN: 978-9942-34-115-0

IMPRESIÓN
Dirección de Publicaciones y Editorial
de la CCE



Casa de las Culturas Benjamín Carrión
www.casadelacultura.gob.ec
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria

Quito, Ecuador - 2024



Prefectura de de Pichincha
www.pichincha.gob.ec
Manuel Larrea N13-45 y Antonio Ante, piso 13

Esteban Mayorga

Moscow, Idaho

EXÓS
FERA COLECCIÓN
2024

Me gustaría decirte que desde hace algún tiempo no vengo encontrando nada sobre lo que escribir. Estoy seguro de que lo comprenderás.

Robert Walser

I

1

Cuando llegó a Moscow, tenía todas las ganas de completar su doctorado, pero se distrajo y se compró, con su liquidación, una computadora, un carro y un perro; se gastó la plata de la liquidación de repente. La computadora fue lo primero que compró y le vino en una caja dentro de un camión de entregas al que esperaba que llegara viendo el ángulo de la esquina, donde daría la curva, desde la puerta del departamento que había alquilado con una desconocida. Cuando vio el camión se quedó inmóvil, viéndolo dar la curva, escondido del viento que empezaba a mezclar melodías con veloces soplos hasta que, repentinamente, el camión llegó a la puerta del edificio y el chofer, de aspecto juguetón, se bajó de él como una persona apurada a la cual le llaman gritando por el bosque.

Le dio el paquete, que pesaba menos de lo que aparentaba, pero pesaba bastante y estaba aplastado y compactado, hasta que D firmó y el mensajero se fue; si no firmaba no se iba, pero firmó y el otro se fue con un apuro medido por la repetición. Pensó en no firmar mientras no abriera el paquete y estuviera todo solucionado con la entrega y contento con el contenido, pero allí, en lo álgido de la novelería acumulada en su cara y actitud, no se atrevió a revisar nada y solamente firmó, y por eso el mensajero se fue. A modo de respuesta el mensajero se

fue porque parecía inquieto o revoltoso, además de que era todo parte de un proceso que no podía retrasarse y que no contemplaba desvíos, y por eso el mensajero partió caminando apurado, como las personas que mueren de sed y de hambre, o sea con pasos toscos, desesperados y a un mismo tiempo pasos pequeños y amontonadamente presentes, un haz de pasos que de tantos que eran no se los puede esconder ni omitir ahora mismo.

Cuando Ð abrió el paquete, lo primero que hizo fue tocar el aparato y sentirlo como piel de ganso, que es como la piel del membrillo, o como la piel del tocte; por favor, toquen cuando puedan, aunque es difícil porque el clásico ganso huye y se sobresalta fácil, y conseguir piel de tocte hoy en día es difícilísimo, casi imposible; igual cosa con el membrillo.

Le dijo enseguida a su compañera de casa que viniera a ver la computadora porque tenía el corazón enrevesado por ella; al verla lo sentía salirse del esternón, y por eso quería que ella viera que había comprado la computadora, y que, si quisiera meterse a la red social o ver el correo, podría hacerlo sin pedirle permiso ni tener reparo alguno. Ella vino y le preguntó que qué pasaba y él le dijo que la computadora había llegado por fin, y que podía usarla cuando quisiera, pero ella no dijo nada más que un gracias balbuceado, como diciéndole que establecer el origen o el motivo, de sus gustos por la máquina no fuera establecer validez alguna en cuanto a la posibilidad de una relación real a futuro; pero, —y ahí estaba la paradoja— era evidente que algo de él le gustaba.

Ð abrió la computadora y pudo hacerla funcionar a medias, la cual se demoraba el proceso hasta que arrancó, pero, a pesar de haber iniciado, a pesar de que la pantalla parecía lista, seguía lentificada por dentro y funcionaba

a medias, haciendo un ruidito casi imperceptible, como el agitar de dados en la mano. Se puso a teclear cuando el aparato ya inició mientras ella veía hacia la máquina a sus espaldas y él la veía especularmente en el reflejo de la pantalla. La máquina se demoraba en responder y mientras tanto ella ponía caras, fruncía el ceño, torcía los ojos, como harta, sin saber que él la podía ver en el reflejo, y en ese momento ella le dijo que debía ducharse y él asintió con tiesura y deseo, y mientras se iba se oía su ropa rozar contra su misma ropa; ropa de mujer chocándose contra sí misma, eso sí que es hermoso.

Pero antes de ir a ducharse, le dijo:

—Cierto, D, no te conté. El otro día cogí el bus, pero al subirme me di cuenta de que no era el bus que yo quería coger, era otro, no solo iba en la dirección opuesta, sino que también estaba vacío, como fuera de servicio. De todos modos, poco podía hacer hasta que el bus no parara en la próxima parada para bajarme; y entre las cosas que podía hacer estaba estudiar al chofer, cuya condición de poder, al conducir y estar al mando del autobús, me supeditaba a su albedrío.

»—Desnúdate. —me dijo de pronto aquel conductor maldito—, mientras giraba y se metía por una bocacalle secundaria que, al parecer, no formaba parte de la ruta habitual del bus. Todo indicaba que me estaba secuestrando.

»—¿Qué dijiste? —le respondí, aterrada—, mientras veía a los lados y daba vueltas en el corredor del bus solo para comprobar que me encontraba atrapada y a merced del caballero del volante que, en ese momento, pedía mi sumisión incondicional. No me respondió, sino que siguió manejando y yo opté por sentarme. ¿Para qué permanecer de pie si no puedo hacer nada ahora mismo?,

más vale cómodamente sentada puedo idear algo, un plan de escape, pensé ese momento, sintiéndome absolutamente ridícula pero estúpida al mismo tiempo, o tal vez sintiéndome vanidosa o, tal vez, borrascosa, como se sentía mi cerebro ese momento, en una borrascosa manifestación del mal. Antes de sentarme presioné el botón que pide parada mientras el bus se alejaba más y más de mi destino, y mi reloj ya marcaba más de la medianoche. Todo lo vulgar ese rato eran las cosas que no importaban, como el botón que pide parada, o como el letrero que dice: «Ceda su puesto a los discapacitados», así como mi temor, porque aquel maldito bus era el espacio móvil de la depravación.

»—Siguió algunas cuerdas más y paró, abrió la puerta para que yo me bajara y fue lo que yo, al menos en un inicio, quise hacer, pero al poner el pie en el primer escalón vi que afuera se encontraban cinco pandilleros que tenían, además de cadenas, botas de color negro, chompas de color negro, también, aunque sus rostros no eran negros sino que vestían un morado particular, parecía que la maldad entera se les dibujaba en el rostro con el morado. Recuerdo haber pensado, ¿a qué se debe el rostro morado? ¿El rostro morado se debe al frío? ¿A la malevolenz? Preguntas que me hice sin estar del todo segura de saber si eran preguntas válidas, lo cual es normal si no, no serían preguntas sino aseveraciones.

»—En todo caso, las preguntas se fueron inmediatamente cuando aquellos pelafustanes, al verme en mini, empezaron a silbar y a gritar en mi dirección mientras yo podía ver como se restregaban los genitales con sus toscas manos y me sacaban la lengua, excitados, relamiéndose los labios que más de uno los tenía en forma de pelvis, o en forma de dientes de gallina, algo hermoso que fluye muy

rápido en esta narración; viste, ya fluyó. Incluso uno de ellos, lo recuerdo claramente, era un asiático que desembolsó aquello, un aparatito amarillo, casi hecho de mantequilla, pequeño y flaco pero enhiesto, aunque al mismo tiempo parecía agudo y ordinario, por lo cual experimentaba yo, a causa de aquel pequeño aparato, un enano sentimiento de respeto, pero de misericordia al mismo tiempo, digo esto por no decir de miedo o de asco.

»—A pesar de este cuadro dudé, dudé unos segundos entre bajar o subir del bus, porque, me dije: ¿Qué me puede hacer el asiático con aquello que parece brillar y derretirse con ardiente resplandor?, y los otros, ¿me pueden hacer algo peor de lo que este chofer hijo de puta tiene planeado hacerme? Pero en menos de unos veinte segundos me decidí por lo segundo y no lo primero, y volví a subir el peldaño ya bajado, con el fin de sentarme hasta que el busero se decidiera a arrancar, lo cual ocurrió ese mismo momento mientras que el muy infame empezaba a esgrimir una sonrisa espesa mientras dejaba ver sus dientes en forma de pistola turca, que eran puntiagudos y viejos por el uso.

»—Me veía perdida cuando de pronto vi que el chofer paraba y abría la puerta para que, gracias a dios, se subiera una anciana fuerte, de rostro afilado y seco pero a un mismo tiempo como sedoso y rosado. La anciana se subió, pagó, y me dijo:

»—Afuera no corre la más insignificante brisa... pero, ¿qué le pasa a usted?, su rostro se ve lejano, tiene usted cara como de soldado, de susto— sentenció. Yo no le respondí porque recién ese momento me di cuenta de que ella se había subido al bus y sentado al lado mío, pero también porque el bus iba a una rapidez vertiginosa y porque el chofer, de repente, gritó:

»—¡Desnúdense!

»—¡Pero qué hora es! ¡Estoy atrasada!, luego te cuento el resto, ahora voy a bañarme. Tengo que ir a trabajar.

2

Después de dejarlo en ascuas sin terminar la historia, su compañera de casa se fue corriendo para la ducha, una ducha que era más o menos brillante pero que, a la vez, pintaba el colorido de escorias esporádicas en sus esquinas, especialmente en los intersticios de los azulejos rectangulares. Dejó la puerta semiabierta mientras se duchaba y se lavaba los muslos, algo que había pasado antes, así como esto había pasado antes, tampoco era la primera vez que Ð asentía con deseo a todo lo que ella decía porque, con vaivén juguetón, su cabeza asentía y se mecía cuando ella hablaba. Ese rato se lavaba los muslos, que eran firmes como fusiles, mientras hilos de agua le caían con saña, y después de terminar de ducharse, se secó, se vistió y se fue, pero antes de secarse, vestirse y partir, mientras el agua todavía caía, se podía ver el vapor colarse fuera del baño y salir como un fleco enorme y blanco de una cortina que ondea por el viento hacia la sala y que va a morir en las baldosas de la cocina. Dentro de poco ella sería su novia y su perdición, pero eso, en ese momento, Ð no lo sabía, y dentro de nada sería su cumpleaños y eso sí lo sabía, pero lo que no sabía era qué regalarle.

Antes de que ella se fuera, Ð le gritó: «Nunca cambies» y enseguida se puso a jugar en la computadora, que ya por fin había iniciado totalmente y respondía con velocidad a las órdenes de sus dedos. Se metió al internet para leer el periódico, o para entrar a la red social, o para ver el

correo cada dos minutos refrescando la pantalla con curiosidad compulsiva, buscando tonterías sin consecuencia para después ponerse a jugar hasta que, de repente, se le ocurrió qué regalarle por su cumpleaños y enseguida se metió a la página web del *Canine & Feline Kennel Club* para incurrir en otro gasto que ya se mencionó de refilón, además de la computadora misma y el carro, que era un perro al cual le pusieron de nombre «Pelález».

3

Una vez que el Pelález ya creciera algo, cuando Ð lo sacaba a pasear, después de pasar por el puesto de hamburguesas eclécticas «La potente», por el colegio técnico, por el templo gordo y por el local de yogur congelado, jalaba de su correa sin moderación y con furia, y llevaba a Ð por vericuetos dados al abandono. Cuando llegaban a un lugar satisfactorio hacía lo suyo con fruición y determinamiento para luego, con sus garritas, dar de patadas o al césped o a la tierra donde hubiera expelido sus impurezas con proceder salvaje, aunque el Pelález lo hacía en son de macho manso y menor mientras rompía la espesura de la hierba o la de la tierra o, al contrario, la de sus garras cuando llevaba a cabo dicha actividad en la calle que se cubre con la perfecta negrura del asfalto donde, a veces, se juntan las inmundicias.

Una mañana en la que salieron a pasear se cruzó un gato atigrado, manso, tranquilo y de andares sigilosos y Ð vio, un poco extrañado, como el Pelález no hacía nada. Qué impávido este perro, se dijo con tono sorprendido pero a un mismo tiempo alegre, aunque enseguida ese pensamiento se perdió por las esquinas del pueblo

al verlo hacer algunas gracias, o al verlo mear un pequeño caudal que iniciaba un rumbo oscuro en el piso cuya desembocadura en la vereda se transformaba de un punto gordo a hilos debidos al azar de la geografía, que era típicamente barroca, y mientras esto ocurría paseaban y paseaban y el sol, cuyo filo suele ser rojo, desafiaba a la oscuridad durante el día y durante la noche huía al monte lentamente como un buey de tiro, o como un verdugo que va a un trabajo que le queda lejísimos, como a una hora caminando por caminos de tierra más una hora en buseta, cosa que sale a las cuatro de la mañana y regresa a las once de la noche.

El Peláez y Ð paseaban sin cese hasta volver a la casa y ponerse a la computadora, la cual después de un tiempo indeterminado se volvió un jabalí feroz, pero al mismo tiempo defectuoso, sus programas eran tantos y tan variados que funcionaban tarde y mal, y Ð sabía usar unos pocos nada más, cosa que le estresaba solo pensar cuanto más provecho podía sacar de ella y no lo estaba haciendo.

Tanto le había costado y ahora operaba con una lentitud frustrante, para matar de iras a cualquier pendejo. Se puso a investigar dentro del panel de control sin saber que hay muchos programas fantasmales que funcionan ocultos a la sazón del sistema y no del usuario, y de tanto funcionar escondidos ni su origen ni su destino pueden ni sentirse ni verse, porque están diseñados para hacer su trabajo invisibles, casi emergiendo de la nada, y mientras más programas funcionan detrás cada vez menos se sabe de ellos, pero son tantos y tan importantes algunos y otros no, que se confunden entre sí y es imposible diferenciar ya no solo su importancia, sino también su categoría, concepto, uso y el resultado que arrojarían, por lo cual es, también, inadmisibile no mencionarlos.